

Elèves de sections européennes

Una historia difícil de contar

En una semana, había vaciado el piso de sus abuelos en Francia. Ahora tenía que volver a España para encontrarse con el comerciante de antigüedades, que tenía su negocio en la ciudad de Teruel. Hacía cuatro horas que estaba en la ruta. Cuatro horas recordando todos los momentos que había compartido con sus abuelos. Ellos, que habían huido de España durante la época del Franquismo, dejando su pueblo natal con dolor al verlo destruido por los bombardeos. Ellos habían sido muy importantes para él porque le habían inculcado el amor por su país de origen y le habían abierto los ojos a la importancia de la memoria en la historia de los pueblos. Su abuelo, durante su partida, se había llevado el reloj de su padre muerto como toda herencia. Ese reloj había sido testigo de una gran parte de su partida.

Poco a poco, los rayos del sol desaparecían detrás los árboles. Entonces al mirar su reloj, el único recuerdo que había guardado de su abuelo, se dio cuenta de que ya era tarde y tomó la decisión de detener su camino en la primera ciudad que apareciera.

Una hora después, vio a lo lejos unas luces que parecíanlas de una ciudad y se dirigió hacia ellas. Mientras conducía, empezó a sentirse incómodo sin poder explicarlo.

Miró en el espejo, y le pareció que la ruta desaparecía a medida que avanzaba. Pensó que el cansancio le estaba jugando una mala pasada y siguió su camino.

Cuando llegó a la ciudad, no había nadie en la calle. Se preguntó si era muy tarde para alquilar una habitación, no quería molestar a la gente del pueblo, pero no tenía otra opción. Un cartel indicaba “Albergue de Belchite”, se estacionó y entró.

Un quinqué iluminaba tenuemente la habitacin. En el rincón, una señora mayor estaba leyendo “Explico algunas cosas” de Pablo Neruda. De repente, la mujer levantó los ojos, lo escrutó y en un movimiento lento, sacó una llave de un cajón y la entregó al hombre. Sin una palabra, ella se encaminó hacia el comedor y él la siguió.

Aún la situación le parecía extraña, no se atrevía a romper ese silencio y empezó a comer lo que le había traído la mujer.

Mientras comía empezó a mirar lo que pasaba alrededor suyo. No estaba solo. Había varios hombres todos vestidos de negro que comían en un silencio absoluto. Solo se escuchaba el péndulo y el sopló del viento que se precipitaba con fuerza contra las ventanas del comedor. Cuando miró el reloj de pared, le pareció que las agujas estaban retrocediendo. Se quedó varios minutos observando fijamente el reloj sin poder explicar lo que veía. Cuando miró su propio reloj, el que había heredado de su abuelo, la misma cosa extraña estaba sucediendo. Las agujas seguían retrocediendo. Como ya no podía razonar claramente por culpa del cansancio, decidió irse a dormir y se dirigió hacia su cuarto.

Cuando se despertó, los rayos de sol inundaban la habitación. Tenía su encuentro con el comerciante a las once, y como ya era tarde, no tuvo tiempo para desayunar. Dejó su cuarto, y como no encontraba a nadie, puso las llaves en el cajón del mueble de la entrada. De un paso rápido, salió del albergue y se dirigió hacia su coche. Conduciendo, empezó a contemplar el pueblo y la misma sensación de incomodidad lo invadió. El pueblo estaba hecho ruinas: las paredes de las casas no estaban en su lugar, los techos se habían derrumbado, las ventanas estaban desencajadas y sus cristales rotos. Pero lo que más le impactó fue el hecho de que estaba solo en el pueblo. No había nadie. Ni la señora del albergue, ni los hombres vestidos de negro. Aún estaba desconcertado por lo que veía, no tenía tiempo para entender lo que había ocurrido en este pueblo.

Tomó la ruta y condujo hasta llegar a la ciudad de Teruel. Cuando llegó se preguntó si no estaba muy retrasado y de manera automática miró su reloj. Cuál fue su sorpresa cuando descubrió que el reloj no estaba en su muñeca. Sintió un gran vacío. Una sensación de abandono y tristeza se apoderó de él. Buscó por todo el coche pero el reloj no estaba. El hombre se preguntó si no se lo había olvidado en el albergue por descuido, pero eso no era posible. Nunca se lo había quitado de encima en todo el viaje. Era un objeto muy importante para él y nunca en su vida se le había perdido algo.

Apesadumbrado, triste, confuso, de pronto escuchó que sonaban las campanas anunciando el mediodía. Dejó el coche y fue al encuentro con el comerciante, pero debido a su retraso, éste ya estaba con otro cliente.

Mientras lo esperaba, entró en el café contiguo al comercio. Se sentó en la barra, y llamó al camarero. Antes de tomar su pedido, el camarero puso en la barra una pila de periódicos. Un título llamó la atención del camionero: *“La memoria de los habitantes de Belchite”*. Tomó el periódico, y preguntó al camarero lo que había pasado en la ciudad en la que había dormido. Casi se cae de la silla cuando escuchó la respuesta: *“el pueblo de Belchite fue uno de los tantos que, durante la guerra, cincuenta años antes, fueron destruidos”*.